

BOLETIN DE LAS NOTICIAS DE LA DIÓCESIS DE ASTORGA

— — — — —

Obispado de Astorga.

SALE ESTE PERIODICO TODOS LOS JUEVES.

Se suscribe en esta ciudad en la relacion del mismo y casa de D. Antonio Cullon: en Leon en la de los SS. Viuda é Hijos de Mañon

PRECIO 24 RS. AL AÑO Y 6 POR TRIMESTRE FRANCO DE PORTE.

SANTA VISITA.

Ayer debió pasar nuestro dignísimo Obispo de la mansión de Santivañez de la Lomba a la de Cirujales.

En Omaña ha sido recibido S. S. I. con las particulares demostraciones de aprecio, respeto, y veneracion que en todas partes y que no podian dejar de notarse en un pais de patriarcales costumbres y en donde brilla la pureza de nuestras religiosas creencias.

Noticias del Obispado.

Desgraciadamente el cólera-morbo ha reaparecido en la diócesis. La villa de Ponferrada es el pueblo asilido en

la actualidad. Los casos no son numerosos pero en su mayor parte graves. Hasta el 31 eran 50 las víctimas hechas por un temible azote.

Tambien en Toral de Merayo habian ocurrido dos casos. En ambos puntos los fieles dirigidos por sus dignos parrocos acuden a los templos a impetrar la misericordia del Señor.

El 7 del mes anterior vacó el curato de Sta. Maria de La Bañeza por haberse posesionado D. Antonio Feix Garcia de la canonja con que S. M. se ha dignado agraciarse en la catedral de Segueza. Es de presentacion D. Manuel José Rodríguez, presbitero beneficiado en la misma parroquia, ha sido nombrado ecónomo.

El 19 vacó el curato de Pradilla y Val de la Loba, arciprestazgo de Rivas del Sil, por muerte de D. Tomas de la Granja. Es de libre provision y concurso. Ha sido nombrado ecónomo D. Mo-

desto Prieto, conajutor de San Alejan,
anejo de Villanueva de Valverde y pa-
ra esta resultó D. Pedro Gonzalez des-
taña.

D. Fermín de la Mata, presbitero de
Fresnedo, ha sido nombrado ecónomo
de Tremor de abajo.

Pastoral del Sr. Arzobispo de Santiago.

(Continuación.)

Tratando de explicarse á sí mis-
mo estas disposiciones, mas inesper-
radas que sorprendentes, el P. Glo-
riot las atribuía á los ejemplos da-
dos por los gefes, á la benevolencia
del emperador para con los capella-
nes, y sobre todo á una gracia pro-
videncial y del momento, gracia
atraída sin duda por las oraciones
de las familias cristianas, y secu-
dada por la dulce influencia de las
virtudes domésticas. «Tengo una
mujer que es un ángel, decía el ge-
neral Ney: quiero morir cristiano»
¡Cuántos misterios de bendición y
de misericordia se nos revelan en
esta sola palabra! Añádase que Dios,
que ama á sus siervos y se com-
place muchas veces en colmarlos vi-
siblemente del fruto de sus trabajos,
ha debido hacer mucho para con-
suelo de aquellos hombres apostó-
licos, el P. Gloriot, los abates Ger-
ray Geslin, Rupert y otros que, ofre-
ciendo su vida con un corazón mag-
nánimo, la dieron, rogando á Dios

hiciese fecundo aquel sacrificio. ¿Có-
mo era posible que esta predicación
tan viva por el ejemplo, no con-
quistase corazones forzados para
comprenderla? Aunque no se con-
temple mas que el valor, no es ver-
gotizoso en verdad para los valien-
tes declararse soldados del Dios de
los ejércitos, cuando se ve a los que
le sirven mas de cerca señalarse
por un amor tan grande al deber.
El P. Gloriot estaba solo, sin quien
le auxiliase á él mismo contra el
enemigo invisible que estendía la
mortandad en Gallípoli. El P. Pera-
vere en la batalla de Alma admini-
straba los sacramentos á los he-
ridos bajo el fuego de los rusos, y
mas tarde pasaba la noche acosta-
do junto al cadáver de un colérico,
para persuadir á los soldados que
el cólera no era contagioso. El aba-
te Ferray iba y volvía incesante-
mente para acompañar á los heri-
dos que se sacaban de los hospita-
les provisionales de la Crimea para
trasladarlos á los de Constantinopla,
y merecía el bello nombre de apóst-
ol de los coléricos. El abate Lepa-
lee, al restituirse á Francia para
restablecer su salud, desembarcaba
en Atenas, hallaba allí el cólera en
nuestros hospitales, y se detenía pa-
ra reemplazar al sacerdote que aca-
baba de morir. El abate Rupert,
estrechado á tomar algun descanso,
que él mismo conocía serle indis-
pensable, se estaba, sin embargo,
allí, y moría en su puesto. El P.
de Damás, apenas restablecido, vol-
via al lugar donde habia sido saca-
do moribundo. En una palabra,

mas de la mitad han muerto á esta fecha, y sería inconcebible que Dios no hubiese recompensado ámplia y magníficamente tan bellos y tan puros esfuerzos.

Pero ¿qué diremos de las Hermanas de la Caridad? Semejante espectáculo no habia sido dado aun al mundo. La peste diezma nuestros ejércitos, y hé aqui que una legion de vírgenes acude al primer llamamiento, y se reparte ese vasto campo de la muerte. La curacion muchas veces, y siempre la esperanza, el consuelo y la misericordia, esparcen la alegría en medio de tantas miserias. Las hermanas se consagraron como el sacerdote, con el mismo valor, con la misma abnegacion, añadiendo á la intrepidez de su celo aquella alegría del amor, aquella gracia de la inocencia, aquella compasion, aquel encanto inefable, que es algo mas que la mujer y la cristiana, que es la hija de San Vicente. Todas las cartas de la Crimea y de Constantinopla hablan de las Hermanas; un acento de ternura y de veneracion hácia ellas vibra hasta en las comunicaciones oficiales, y es sabido el tributo de homenage que les han pagado nuestros aliados y nuestros enemigos. En Atenas, cuando el cólera cesó en la guarnicion francesa del Pireo, invadió la poblacion griega. Las Hermanas no escucharon mas que la voz de la caridad, y como se habian consagrado tambien á aquellos cismáticos extranjeros. El ministerio griego y el Ayuntamiento de Atenas les dieron gra-

cias, como se ha publicado con legitimo orgullo. Esta circunstancia era sin duda ignorada de los *reverendos pastores* que, predicando últimamente en Ginebra delante de un auditorio calvinista, osaron decir que en Francia, en un punto que se guardaron bien de designar, las hermanas habian negado sus auxilios á los enfermos protestantes. *¡Sepulchrum patens est guttur eorum!* La benevolencia recíproca de las Hermanas y de los soldados se manifiesta con una dulzura inesplorable. Cuando muere una Hermana, los soldados son los que llevan su ataúd, reservándose para cada cuerpo, y si es posible cada compañía tenga el honor de esta preciosa carga; piden el favor de que se la entierre en el cementerio de ellos; otras veces la Hermana misma es quien ruega se la dé sepultura entre los soldados. «Venga Vd muchas veces, Hermana mia, decia uno que estaba enfermo: siempre que entra V. en la sala, parece-me que veo á la Francia, y á mi madre.» Aunque Dios protege á las hermanas mas de lo que se podría esperar muchas han hallado ya la muerte. Leemos en una carta de Constantinopla que en el espacio de un mes fueron nueve de ellas víctimas del tífus, y mas de cuarenta habian sido atacadas: han perdido refuerzos por medio del telégrafo eléctrico; los tendrán, y hasta habrá emulacion por partir. En el embarazo de los hospitales los capellanes, ya diezmadados, se rinden á la fatiga: cada uno de ellos, por un

término medio, tiene á su cuidado mil doscientos enfermos. Si no fuesen ayudados por las Hermanas, añadirían las correspondencias, las tres cuartas partes de los enfermos morirían sin Sacramentos: más las Hermanas les avisan, todo lo tienen preparado, y se desempeña con bastante regularidad este formidable trabajo, con la condición, empero, de sufrirle después del combate. Las Hermanas no tienen más que dos pensamientos, que se manifiestan de cuando en cuando en el delirio de la fiebre, ó sus queridos enfermos, ó el temor de ver aplazarse la propia recompensa, siendo arrojadas de nuevo á la vida. San Vicente de Paul decía á los que temían la muerte: «Asistid á los pobres, y moriréis tranquilamente.» Las Hermanas, casi sin excepción, experimentan los efectos de esta promesa de su bienaventurado Patriarca: mueren tranquilas y contentas. Favorecidas muchas veces con visiones del cielo, extendiendo sus manos, que han tocado tantas llagas y endulzado tantos males, hacia alguna aparición divina que las socorre.

La gracia de Dios, la abundancia de oraciones, el sacrificio de almas santas, la caridad, aquel amor fuerte como la muerte, tales son los principios del movimiento religioso que se ha obrado en nuestro ejército. La vista del peligro, que en otro tiempo no producía una cosa semejante, ha contribuido mucho sin duda, pero no lo ha hecho todo: si ha dispuesto muchas almas,

muchas también estaban ya bien preparadas. Entre los generales y los oficiales superiores que han dado tan bellos ejemplos, y á quienes la muerte ha sorprendido en medio de un gran fama de virtudes privadas y de capacidad militar, eran en su mayor parte fervorosos cristianos. Saint-Arnaud, Poncevès, Saint-Pol, Brunet, Miran, Loaurmel, Brancion y tantos otros, al dejar el suelo de Francia, habían ofrecido su vida á Dios y á la patria. El nombre de cada uno de estos guerreros excita el recuerdo de algún rasgo sublime: todos fueron llorados y glorificados por sus compañeros de armas. Recordamos el nuevo lenguaje que el general Canclibert hizo oír sobre la tumba de Bazille el mariscal Polissier sobre la tumba de Clissaigue no para contener sus lágrimas. Brancion decía en presencia de sus soldados: «Estoy espuesto á ser muerto á cada momento, y he tomado mis medidas para comparecer delante de mi Cielor: estoy pronto.» Una página escrita apresuradamente el 7 de Junio á las ocho de la mañana, termina con estas palabras: *Muerto en la fe católica, apostólica, romana, dichoso al dar mi sangre por mi patria.* Llenáramos este escrito con solo los nombres de estos héroes cristianos. Siempre que uno de nuestros oficiales se ha señalado por algún rasgo heroico: siempre que un grito de dolor más penetrante se ha levantado en medio de nuestro ejército al ver caer uno de aquellos á quienes el mérito ha-

bia hecho ya notable, ó debía llamar bien pronto a los primeros puestos, se ha hablado de sus sentimientos religiosos: apenas hay en esto escepcion. Los mismos que habian despreciado sus deberes hacia Dios, querian al menos bautizarse con su sangre. « escribid a mi padre que muero como soldado y como cristiano, » exclamaba Fernando Lafaire. Tal era y tal es aun la palabra del ejército. Mil ejemplos de esto hay en el libro que extractamos, y la mayor parte de ellos arrancan lagrimas de admiracion, y no han sido solo los oficiales los que han dado estos ejemplos. El P. Damás acababa de absolver á un soldado mortalmente herido en el primer asalto de Malakof. Este pobre jóven habia metido en su bolsillo un testamento, concebido en estos terminos: « 17 de Junio de 1855. Mañana voy al asalto, si succumbo en el campo de batalla, quiera Dios recibir mi alma. En cuanto á mi dinero, se daran cinco francos á mi compañía, y el resto servirá para mandar decir misas por el resto de mi alma. » En el sobre decia: « Si eres francés, tú el que has hallado este bolsillo, estoy seguro que cumplirás mi voluntad: si no lo eres, no seas peor que una fiera: muéstrate francés en este dia cumpliendo la última voluntad de un soldado que muere por su patria. » Tal era tambien el testamento del coronel de Beancion.

Otro de estos heroicos hijos de la Francia supo morir tan grande como Bayardo: era un bretón de las

costas del Norte, el cabo Juan Corbie, soldado valiente, y que habia vivido sin tacha como sin miedo: se le llevaba al hospital provisional; pero en el camino sintió que se moría: entonces hizo una señal á los camaradas que le llevaban para que le pudiesen en el suelo: despues reuniendo sus fuerzas, les dijo: *prenez de vos*. En esta humilde postura hizo una breve oracion, y mientras se le volvian á la camilla, dijo: *Alors je puis mourir*: y muere. « Y hubiera creido, añade su capitán, faltar á mi deber como hombre y como oficial francés dejando en el olvido estos detalles. » « La resignacion y la fé de nuestros soldados, escribian de Constantinopla, son mas admirables que nunca. Hacen frente á la enfermedad como lo harian al cañon, y si fuese posible hallar en alguna parte un valor mas grande que el de un campo de batalla, seria el que desplegan en estos terribles hospitales. La virtud cristiana fué aquí por un abandono a la voluntad de Dios, que recuerda la vida de los Santos. Hé aquí lo que me acaba de decir la superiora de las Hermanas: en esta misma mañana cuidaba una de un soldado llegado de la Crimea con escorbuto, y procuraba apagar su sed, humedeciendo sus labios hinchados, con unas gotas del jugo de naranja. Él la apartó de sí suavemente: « D'ame, la dijo, Hermana mia: yo no quiero mas que á mi Dios: dame el cielo; dame mi Dios: no quiero mas que á Él. »

Estas altas aspiraciones, estas palabras enteramente santas, y que revelan un alma llegada á la perfeccion cristiana, estan muy lejos, gracias á Dios, de ser raras. Ellas salen con plenitud y tranquilidad de corazon y mucho tiempo ha cristianos, y brotan de los que mas han resistido. El P. Gloriot cuenta que un capitán de ingenieros, que al principio casi se habia negado á confesarse, quiso, cuando en fin se decidíó, renovar su su confesion, y pronunciar en voz alta el acto de contrición. Como el padre le exhortase á que bajase la voz: «Dejame obrar, le dijo: mis escandalos han sido públicos, y pública debe ser la reparacion.» Sus palabras hicieron derramar lágrimas á todos los oficiales que se hallaban en la sala, hasta el momento en que espiró dulcemente besando el Crucifijo. Asi murió el teniente coronel Coué, admirado de todos por su asombrosa energía y por sus virtudes guerreras: amputado su brazo derecho, tenia siempre el Crucifijo en la mano izquierda ó sobre el pecho, y, contemplándole, podía sin abatimiento pensar en su mujer y en sus hijos. Sus últimos momentos, dice el P. Gloriot, fueron señalados por gracias extraordinarias. Su amigo, M. de Cornuyer, uno de los jefes mas jóvenes de batallon, le habian enviado agua de la Saleta (1).

(1) Sitio de los Alpes, donde se cree, con muy graves fundamentos, que se apareció la Santísima Virgen á unos pastorcillos en este mismo siglo. Cerca del templo allí erigido

este comandante fué muerto sobre el parapeto de los rusos, mientras que, vuelto á sus soldados, les decía: «adelante!» Pudo ser hallado su cuerpo: tenia un aire de serenidad inefable, y parecia dormido: el brazo derecho estaba aun estendido como cuando habia blandido su espada, y el izquierdo medio doblado, en la misma postura que tenia señalando á los rusos. Murió en el momento de su triunfo. Sus oficiales, heridos á su lado, decian: *Ha sido un gigante.* Los soldados le miraban en la trinchera, viendo, sin volver la cabeza, que las bombas y los abusos estallaban á su lado. Era uno de aquellos hombres raros, cuya sangre fria se aumenta con el peligro. Un coronel habia dicho algunos meses antes: «Si Cornuyer no muere aquí, rayará muy alto en Francia.» Por lo que á mí toca, no puedo acostumbrarme á la idea de que ya no exista. Tal era este gefe de batallon, que recomendaba á sus amigos que pudiesen su esperanza en la Santísima Virgen, en la vida y en la hora de la muerte. Hallamos tambien la carta de otro oficial, que enviaba á un amputado el libro *De la Imitacion de Cristo.* La carta es digna de tal libro, y el asceta no ha hablado mejor que el soldado, ni penetrado mas profunda y santa-

en memoria del suceso, y que hoy es visitado por millares de peregrinos. brota una fuente, cuya agua se cree milagrosa, y como tal se lleva á diferentes puntos por los que visitan el santuario.

mente en el misterio del dolor.

«Si yo no considerase lo que te sucede mas que bajo el punto de vista del mundo, nunca podría cesar de deplorarlo: pero tu ejemplo mismo me eleva a pensamientos mas altos: viéndote sometido á la voluntad de Dios, solo pienso en aquella palabra divina: *Bienaventurados los que sufren porque serán consolados*. No puedo dudar de que el Señor te toda bondad, que te ha dado tanta fuerza para soportar el dolor, haya derramado en lo íntimo de tu corazón mil consuelos inefables, y a quella inesplicable esperanza de una dichosa inmortalidad: todo en la religion nos presenta el sufrimiento como un acto necesario al cristiano y como la fuente de las gracias mas abundantes: el dolor es quien prueba y produce la expiacion: el es el carácter del alma fiel: el dolor es quien la ha e la imágen mas viva de Cristo, varon de dolores.»

Estas palabras fueron escritas, no en un claustro, sino en un campamento, en el campamento de Traktir, el 22 de Octubre de 1855: y, lo que es mas, son las palabras de un soldado que escribe á otro soldado.

Otro joven capitán del cuerpo de ingenieros, esperando la muerte, escribe á sus padres para consolarlos: les dirige palabras en las cuales respira ya la serenidad de la otra vida, y resúmen admirablemente todos los pensamientos de aquellas almas elevadas, engrandecidas y santificadas por la majes-

tad del sacrificio.

«1.º de Mayo de 1855. ¿Por qué entristecerse tanto? ¿No hay para todos los hombres un consuelo para todos los dolores? Este consuelo, gracias á vosotros, mis queridos padres, lo poseo yo: permitidme que os lo recuerde; no he olvidado los preceptos divinos de la religion cristiana, y si muero, moriré dando gracias á Dios y á la Francia por haber nacido cristiano y francés. Considerad, pues las cosas bajo un punto de vista un poco mas elevado. El cuerpo de vuestro hijo, que quedará en Crimea con el de tantos otros, victimas de la guerra, no es mas que una parte bien pequeña de su ser. Esta tambien en esta Crimea como en el cementerio de B... mi alma vivirá, y en un tiempo no lejano hallará las vuestras en la mansion de los bienaventurados. Esto es verdadero, es cierto: tengo de ello la conviacion mas profunda. Despreciemos, pues, este despojo mortal, que no es mas que un punto en la inmensidad, que es nada. No lloremos demasiado. Algunos dias mas ó menos en la vida, ¿qué son en la eternidad?... Menos que una gota de agua en el Océano. Yo sacrifico gustoso esta vida á mi país, á la causa de la humanidad y de la civilizacion. Tengo veinticinco años, he vivido mas de la mitad de lo que vive la mayor parte de los que completan su carrera. ¿A qué desconsolarse, pues, por veinticinco años de una existencia que habia de producirme ciertamente mas amarguras que

placere? ¿A qué echar de menos veinticinco años de miserias cuando la muerte me da una eternidad dichosa como lo espero, porque he sido siempre hombre honrado y cristiano? Vosotros diréis con una convicción profunda: «Hemos perdido á nuestro hijo! ¡Hágase la voluntad de Dios! Pero ha muerto por su país: ha muerto cumpliendo su deber: ha muerto como cristiano: es decir, solo su cuerpo ha perecido, y le veremos dentro de poco en la mansión de los bienaventurados. «La materia parece tardar ó temprano. La fortuna, los altos puestos, la gloria, los acontecimientos, todo desaparece en pocos días. Solo el alma subsiste, y el alma de un hombre de bien subsiste feliz. Hasta que nos volvamos á ver, ¡oh mi venerado padre, que has sido el modelo de las virtudes civiles, después de haberlo sido de las militares! Hasta la vista, pues, mi querida madre: ¡Ojalá que mis palabras lleven algun consuelo á tu corazón de madre y de cristiana! =
Adrian P. de la B.»

Y añade después de haber leído la carta, estas palabras en que brilla toda la ternura de un hijo en medio de la fuerza del cristiano.
¡Siempre he sentido por vosotros el ser hijo único!

(Continuará.)



AVISOS.

Hemos reclamado á Logroño los ejemplares del Año Cristiano que se nos han pedido. Cuando lleguen lo avisaremos á los señores peticionarios para que entonces y no antes apliquen las misas y nos manden los recibos de hacerse cargo de aplicarlas los que no los han remitido.

Lo señores que han pedido Biblias se servirán mandar á recogerlas. Hay aun bastantes ejemplares. Hemos dicho ya que el precio de cada uno es el de cien reales si se paga en el acto y el de ciento diez en otro caso.

MAPA ECLESIASTICO

*de todas las diócesis de España é
de las Adyacentes.*

Quedan pocos ejemplares. Los señores que los han pedido se servirán pasar á recogerlos de esta Imprenta, y, los que deseen adquirirlos, lo avisarán en el término mas breve posible á la misma oficina.

Su precio es el de 6 reales cada ejemplar.

ASTORGA. = 1856.

Imprenta de D. Antonio Gullon.